

La poética de Efraín Huerta de los años setenta

THE POETICS OF EFRAÍN HUERTA IN THE SEVENTY YEARS

Jesús Alberto Leyva-Ortiz*

Resumen: La década de los años setenta en la poética de Efraín Huerta es relevante por dos acontecimientos ligados entre sí: el primero es de carácter biográfico, haber padecido cáncer de laringe y sobrevivido con el coste de la pérdida de la voz. El segundo es de carácter literario, esa década representó la mayor producción literaria del escritor en relación a otras pasadas y futura, caracterizada por ser su etapa más irónica, lúdica y desinhibida. Este documento sostiene que, tanto los sucesos de salud en el escritor como el cambio de estructura versal fueron factores que influyeron en el cambio del estado anímico reflejado en su poesía.

Palabras clave: Efraín Huerta; obra poética; década de los años setenta; poemínimos; ironía

Abstract: The seventies in the poetics of Efraín Huerta are relevant for two interrelated events: the first is biographical in nature, having suffered from laryngeal cancer and surviving at the cost of losing his voice. The second is of a literary nature, that decade represented the greatest literary production of the writer in relation to other past and future ones, characterized by being his most ironic, playful and uninhibited stage. This document maintains that both the health events in the writer and the change in verse structure were factors that influenced the change in mood reflected in his poetry.

Keywords: Efraín Huerta; poetic; work; seventies; poems; irony

* Benemérita y Centenaria Escuela Normal del Estado de San Luis Potosí, México
Correo-e: jleyva@hotmail.com
Recibido: 30 de mayo de 2022
Aprobado: 10 de febrero de 2024



DATOS PREVIOS DEL POETA

Efraín Huerta Romo nació en Silao Guanajuato en el año de 1914. Una década complicada en la historia nacional, la Revolución Mexicana había iniciado cuatro años antes y el estallido social volvía difíciles las condiciones económicas de la población en todo el país. México estaba en plena guerra civil y el panorama político no estaba claro para nadie, eran momentos de total incertidumbre.

Los padres del escritor se separaron y desde muy pequeño, apenas seis años de edad, Huerta enfrentó situaciones adversas junto a su madre y sus siete hermanos, estuvieron probando suerte radicando en distintas ciudades como Guanajuato, León, Irapuato y Querétaro. En Irapuato, ciudad donde radicaba su padre, despuntaron dos de sus grandes vocaciones siendo un adolescente de 14 años, el periodismo y la poesía, funda un semanario que llevaba el título de “La lucha” y, además, publica su primer poema sobre el paisaje de la región, “El poema del bajo”.

A sus 16 años de edad se trasladó a la ciudad de México e ingresó en la Preparatoria Nacional. En ese ambiente académico conoció a Octavio Paz, Rafael López Malo y Carmen Toscano entre otros jóvenes escritores de su generación. Uno de los literatos más destacados entre todos ellos a la postre, desde entonces, comenzaba a despuntar. En el año de 1933 Octavio Paz publicaría su primer libro y, a la par, Rafael Solana fundó la revista *Taller Poético*. Ambas figuras de la escritura nacional fueron trascendentes en los inicios poéticos del joven Efraín Huerta. La asociación de los tres, en la historia de la literatura mexicana, los identificaría años más tarde como la Generación de *Taller*, a razón de la aparición de la revista *Taller* en 1938, publicación que logró establecerse como un referente literario de su época, de tal modo que, con un impulso nuevo logró diferenciarse de la revista *Contemporáneos* que los precedía, perteneciente al grupo de los

escritores identificados con ese mismo nombre, los Contemporáneos.

El Grupo *Taller* tuvo sus propias búsquedas literarias, lo mismo que sus posicionamientos con respecto a la poesía, éstos habrían de marcar las diferencias con el Grupo Los Contemporáneos debido a la visión poética que sostuvieron en sus inicios. La generación del grupo *Taller*, desde su vida estudiantil tuvo varios elementos que los nutrieron y dieron forma a su manera de escribir, se pueden señalar al menos tres de ellos como las influencias más significativas que los identificaron: a) el marxismo que tuvo movilizaciones de artistas, obreros y estudiantes en el país, movimiento que a nivel mundial estaba en boga y concretamente en el país decantó en acciones en favor de una de las facciones políticas de izquierda. b) El psicoanálisis de Sigmund Freud que generó una revolución intelectual y estaba en discusiones constantes, abriéndose camino en su aplicación, no solo en el terreno de la psiquiatría, sino en diversos ámbitos tanto académicos como literarios por mencionar algunos ejemplos y, c) finalmente los intelectuales españoles que recibieron asilo en México a consecuencia de la Guerra Civil Española que influyó significativamente en la comunidad intelectual mexicana de la época y en las jóvenes generaciones estudiantiles. Guillermo Villarreal (1987) explica características de los integrantes de *Taller* de la siguiente manera:

Son hasta cierto punto producto de la toma de conciencia de la época. [...] Su arte poética lleva implícita un humanismo que abraza las ideas de Marx y Freud. Por una parte, su obra tiene una intención social, pues con la poesía se intenta cambiar el destino del hombre. Por otro lado, su estética se acerca mucho al surrealismo del Segundo manifiesto (1930), más político que el primero (1924). [...] La poesía le sigue en importancia al acto poético (1987: 19).

La revista *Taller* tuvo doce números de vida y una marcada influencia española al final de su trayectoria. Rafael Solana lo señala de este modo: “*Taller* dejó de ser lo que había sido y lo que había deseado ser, y se convirtió, o muy poco le faltó para ello, en una revista española editada en México” (citado por Huerta, 1983: 30 -31). Con la muerte de esa publicación cada miembro del grupo Taller tomó sus propios caminos literarios. Octavio Paz emprendería una constante producción literaria que con los años le daría réditos en el reconocimiento literario internacional al obtener el Premio Nobel de Literatura en 1990.

Efraín Huerta inició su trayectoria poética con la publicación en 1935 de su primer libro: *Abso-luto amor*, a este título se sumarán doce publicaciones más para dar un total de trece: una en 1936, dos en la década de los cuarenta, tres en los cincuenta, una en los sesenta, cuatro en los años setenta y una última al iniciar la década de los ochenta. Las décadas de mayor producción en el poeta fueron los cincuenta y los setenta con tres y cuatro libros respectivamente, en ambas décadas produjo poco más del 50% de su producción total.

Después de haber enfrentado al cáncer a principios de la década de los setenta, tras muchas operaciones y vicisitudes de salud que tuvo que sortear en sus últimos años de vida, el día 03 de febrero de 1982, a la edad de 68 años, Efraín Huerta, apodado como el Gran Cocodrilo, moriría de insuficiencia renal en la Ciudad de México.

Los años setenta fueron determinantes en su producción literaria, no solo porque durante ese periodo produjo poco más de una cuarta parte de su obra, sino por el hecho de haber dado un giro en su visión poética en donde se permitió innovar, ser lúdico e irónico; acaso motivado por un nuevo brío anímico relacionado con su condición física y las implicaciones de sus padecimientos médicos y, al mismo tiempo por un impulso de renovación poética que privilegiara los brevísimos versos antes que el aquellos de largo aliento.

LOS AÑOS SETENTA

La década de los setenta fue para Efraín Huerta una etapa de cambios y propuestas en su producción poética, particularmente experimentaría una forma de poesía brevísima identificada como los poemínimos, versos que reflejarán con mayor claridad su carácter irónico, al mismo tiempo que, en materia de salud, pasaría por situaciones complicadas como el hecho de enfrentarse al cáncer y vencerlo, no sin antes dejar en la batalla sacrificios considerables como la pérdida de su voz. Por lo anterior, sería pertinente plantearse la siguiente pregunta ¿será que la búsqueda de renovación poética y lucha contra el cáncer, fueron factores para acentuar el rasgo de la ironía en su poética?

En la década de los setenta ocurrió también, con respecto a su trayectoria como poeta que, después de décadas de producción, la crítica institucional reconocería, a mediados de este periodo, la trayectoria literaria del escritor y, en 1975 obtuvo el Premio Javier Villaurrutia y al año siguiente, recibió de mano del entonces presidente de la república Luis Echeverría Álvarez, el Premio Nacional de Literatura. Lo más trascendente de este periodo fue que su obra poética encontró lectores y lectoras, así lo afirma José Emilio Pacheco (1982):

Huerta encontró por fin los lectores y las lectoras que no tuvo en las tres décadas pasadas. Se convirtió en el Poeta del México post 68 y el maestro y modelo de buena parte de lo que, con un arraigado galicismo, llamamos la joven poesía. El establishment al que más de una ocasión había afrentado Huerta nunca le negó (contra lo que se dice ahora) su reconocimiento, pero en los setenta tuvo que sumarse a la apoteosis y le dio todos los premios. El hombre modestísimo y cordial que siempre fue Huerta, agradeció estas recompensas, tomó su auto irónica distancia respecto a ellas y consideró su

único, verdadero y legítimo triunfo: el que lo quisieran los jóvenes (y ante todo las jóvenes).

Para ubicar mejor el escenario cronológico de la producción Huertana en la década de los setenta se puede recordar que, un par de años antes de ganar el galardón literario Premio Javier Villaurrutia; es decir, en 1973, ocurrió la etapa más significativa de su pelea oncológica: a principios de mayo de ese mismo año, previo a la fecha de su internamiento en el hospital para atenderse de su problema de cáncer de laringe en forma definitiva, se publicó en el *Diario de México*, la columna Deslindes de Efraín Huerta, un texto que llevaba por título “Hablar, Hablar” y, en la parte introductoria de su contenido, hace referencia a un ensayo que leyó de Hilda Basulto, donde hablaba del silencio como instrumento de expresión y comunicación; así el columnista lo retoma para explicar lo que considera vendrá a futuro en su estado de salud:

Me cayó de perlas este ensayo, aparecido en “Vida universitaria”, publicación de la Universidad Autónoma “Benito Juárez”, de Oaxaca, porque tal vez a estas horas ya esté internado en el Centro Médico, en manos de ilustres cirujanos que me extirparán -si es que no lo hicieron ya- una dañada laringe y zonas adyacentes. De manera que tendré que guardar silencio por tiempo indefinido. No tengo miedo sino pavor. Pero guardo una enorme confianza porque, en lo general, puede más la ciencia que la magia. Espérenme, que yo volveré (Mansour, 1984: 148).

El día 24 de mayo de 1973, Efraín Huerta ingresa a oncología del Centro Médico de la ciudad de México, le asignan la habitación 602, una característica particular de ese cuarto de hospital, su ventana tenía como vista el Panteón Francés. El médico cirujano que le atendió fue Roberto Garza, le realizó laringectomía, como resultado de

la operación el poeta pierde la voz, pero le da un revés al cáncer.

Sus familiares, compañeros periodistas, amigos de varios sectores tanto culturales como compañeros políticos, en especial los escritores, le enviaban muestras de afecto y solidaridad, preguntaban por su estado de salud y le motivaban. Como ejemplo la escritora de origen norteamericana Margaret Randall, esposa del poeta mexicano Sergio Mondragón, desde su exilio en La Habana, Cuba, le envía una emotiva carta, mecanografiada, fechada con el día 5 de junio de 1973. Le escribe a raíz de la condición de salud del bardo guanajuatense, en específico refiriéndose al hecho de la pérdida de su voz, el siguiente fragmento que refleja su pensar al respecto:

Pero sé que esta operación te ha de cambiar la vida y que habrás de acostumbrarte a un nuevo estado de cosas, distinto a lo de antes. Me pregunto: ¿cómo sería, de repente, no poder hablar? [...] ¿El no poder expresarse tan fácilmente en palabras cambiaría la expresión de un poeta? Contesto para mí misma que la respuesta tendría que ser ‘sí’. Con un razonamiento, que puede ser absurdo, pero no deja de parecerme correcto, pienso que el no poder hablar con esa facilidad de antes produciría en uno un estado muy profundo lleno de nuevos matices entre la idea y sus múltiples expresiones. Cuando la palabra escrita se vuelve expresión concreta y hasta única, cuán más intensa y concisa debe ser! (Mansour, 1984: 150).

Efraín Huerta con total actitud positiva, ofreció su vaticinio dando por hecho en el *Diario de México*, en el ya mencionado texto “Hablar, Hablar”, antes de ser ingresado al hospital, que saldría y regresaría, así se lo hizo saber a los lectores de su columna Deslindes. Su confianza en salir bien librado le dio buenas noticias, porque en efecto superó el problema de laringe, aunque no resultó del todo ileso, el precio a pagar fue perder la voz.

Los amigos estaban al tanto del poeta, conocían de las secuelas de la operación y se sumaban con buen ánimo a la pronta adaptación del escritor a su nueva condición.

Después de la operación e impedido para el habla, el poeta combatió su estancia en la habitación 602 con el trabajo de escritura, revisó ediciones de libros con ayuda de sus hijos Raquel y David. La poesía fue uno de los alicientes más significativos para su recuperación. Esa fuerza de voluntad, esas ganas de seguir publicando, el tiempo invertido en las ediciones venideras dan testimonio de ello.

Roberto Garza, el médico que atendió a Efraín Huerta en 1973 en su operación y que extirpó el tumor cancerígeno, escribiría un lustro más tarde, un artículo titulado “Cáncer Laríngeo como reto” como un testimonio de la experiencia de haber tenido como paciente al escritor guajuatense y, al respecto de la atención al escritor sobre su padecimiento y la buena relación que surgió entre ambos, señaló lo siguiente:

Pocas gentes en México tan valientes como el gran “Cocodrilo de Silao”, que me ha dado una verdadera lección como paciente y como ser humano, invirtiendo la relación médico-paciente a la de paciente-médico. Su convalecencia fue larga, penosa y tenaz. [...] Mientras tanto trabajaba, escribía y advertía misteriosamente la presencia de amigos sepultados en el Panteón Francés, que observaba durante largas jornadas desde el ventanal de su habitación (cuarto 602) (Mansour, 1984: 151).

La labor esencial de Huerta es la poesía. La escritura es el medio para sobrevivir, el hábitat del Gran Cocodrilo son los territorios de tinta y papel en blanco. La escritura es al escritor como el agua lo es al cocodrilo. Sin importar la situación de vida del vate, la creación poética, la producción de textos, la imperiosa necesidad de dar testimonio de su visión de las cosas a través de la

palabra figurada, son los elementos bióticos que lo sustentan.

La poesía es un modo de dar testimonio de sí mismo y, si esa condición ha cambiado recientemente por un hecho de salud, es motivo suficiente para expresarlo. En los versos huertanos de la década de los setenta no debemos esperar lamentaciones, sino una renovada actitud donde el poeta es capaz de mofarse de su propia persona, situación que parece simple, pero que para hacerse requiere una fuerte dosis de autocrítica y una modestia a prueba de todo.

En la edición de su obra de 1973 titulada *Poemas prohibidos y de amor*, entre los once poemáticos que incorpora en ella, incluye uno que lleva por título “SINIESTRIDAD”, donde habla de la causa de su neurosis ligada directamente al cáncer. Este poema mínimo es un ejemplo de que la poesía es, no solo un elemento catártico; sino el testimonio de lo que le pasa al poeta; en él habla de sí mismo, por un lado, de su alteración de los nervios y, por el otro, del cáncer como la razón de tal neurosis, además aclara con humor e ironía que lo primero es un derecho dado a consecuencia de lo segundo.

Nadie tendrá

Derecho

A su neurosis

Mientras

Alguien

Carezca

De su

Cáncer

(Huerta, 1973: 99).

Hablar de sí mismo nunca es fácil y, hacerlo en tan breves versos pareciera una tarea por demás complicada, pero Huerta lo logra con una encantadora holgura, desprendiéndose de su ego; de tal forma que el sujeto lírico ironiza sus dos condiciones, se califica de neurótico y al mismo tiempo se justifica por ello, atribuyéndole como un

derecho mientras no se carezca del cáncer. En lo anterior está implícita una sentencia: sólo aquel que padezca cáncer tendrá justificación para la neurosis.

LA TEMÁTICA HUERTANA EN ESTA DÉCADA

Los grandes temas poéticos de Huerta estarán presentes en sus producciones de esta década en mención, desde luego el amor como el principal de todos ellos, también la protesta o la crítica a las instituciones oficiales, rasgo con el que cierta parte de la crítica literaria lo asoció totalmente y, entre esa protesta están sus poemas dedicados a algunos personajes del clero mexicano o bien la iglesia católica en general. Toda esta temática huertana tendrá cabida nuevamente en sus cuatro libros publicados en estos años, pero con el carácter irónico, lúdico y desinhibido del poeta que ha recobrado un nuevo impulso, no sólo después de superar el cáncer, sino al renovar su estructura versal, así usar un modo sintético de manifestar su condición y hablar de su visión de la realidad y de sí mismo.

Entre los textos que eligió publicar en 1974, en la edición de *Los eróticos y otros poemas*, en la sección de poemínimos, aparece uno de ellos con el título de “CONCILIO”, donde con divertimento convoca a los poetas al primer concilio *energuménico*, de algún modo asociándose a sí mismo al término y adaptándolo para autodescribirse como una persona furiosa, y la causa o razón para ello es la bebida. En esta ocasión agrega, con carácter irónico otro rasgo de su personalidad: la afición al alcohol.

Se
Convoca
A todos
Los poetas

Al primer
Concilio
Energuménico
Condición
Única:
Saber amar
Entre verso
Y trago
Y entre
Trago
Y verso
Amén
(Huerta, 1974: 344).

El poemínimo “Concilio” bien puede representar al menos dos de sus constantes temáticas, el amor y la irreverencia a cuestiones propias de la religión. Estos versos igual permiten observar el respeto que tiene por el quehacer poético y muestra también dos rasgos de su personalidad que con total apertura ironiza para sí: la neurosis y la bebida. Qué ironía la del escritor que exhorta en la ficción a otros energúmenos como él a reunirse en algo tan serio como un congreso católico y, como carta de entrada o requisito de participación les impone saber amar entre verso y trago o bien, amar el trago y la poesía. Termina su composición con la sentencia y alusión hebraica de “así sea” en un cierre con divertimento lógico para el uso de la palabra ‘*amén*’ que concluye el poemínimo en el mismo contexto religioso.

El poema anterior es un ejemplo más de ese sesgo del Huerta de los años setenta, manifiesto en la irreverencia hacia la institución religiosa y la asociación que propone con el hacer poético; pero su formato, aunque breve y con humor, no está exento de la forma en que dirige su crítica al clero. Ya en 1973, en *Poemas prohibidos y de amor*, incluyó dos poemas de largo aliento con esas intenciones: “Los perros de Dios, o las tribulaciones del Arzobispo” y “Dolorido canto a la iglesia católica y a quienes en ella suelen

confiar”, el primero escrito en 1948, y el segundo en 1946. Al respecto de ambos poemas el poeta escribió lo siguiente:

Sobre Los perros de Dios, etc., aclaro: al arzobispo le apasionaba inaugurar y bendecir todo. Cuando se abrió en la Avenida Juárez una sucursal de Max Factor, monseñor llegó en forma tan discreta que pasó inadvertido; minutos más tarde lo hallaron muy serio, mirando con excesiva minuciosidad una gran foto de Merle Oberon. Cuando inauguró la Casa del Viajero (calles de Basilio Badillo), el elevador sufrió un desperfecto entre el segundo y tercer piso. El dolorido canto, etc., lo publicó Siqueiros en la revista 1946, con un friso de cangrejos como ilustración. Santa María, San Rafael y otras colonias, seguían siendo refugio de neocristeros y sinarquistas. Creo que es un poema -panfleto sinceramente cristiano. Los fanáticos, más sutiles que yo, lo encuentran más antirreligioso que anticlerical (Huerta, 1996: 9 y 10).

En el caso concreto de “CONCILIO”, además del gracioso llamado que hace a la celebración de una reunión de tintes religiosos a bebedores y amantes de los versos, explicita el humor negro de Huerta para la autocrítica al afirmar su carácter furioso o irasible, no por nada José Emilio Pacheco le impuso el mote de “El flaco neuras”. Y otra característica importante en este poemínimo es el amor manifiesto por la poesía y el alcohol. Y es que la capacidad de hablar de sí mismo, sin tapujos y con total ligereza para mofarse de su personalidad y de lo que le pasa, no es tarea sencilla, se requiere de un total desprendimiento del ego y creer en la poesía como el vehículo de liberación. Al respecto de lo anterior Raúl Bravo afirma que: “el pincel de Efraín Huerta se convirtió en sus poemínimos en un instrumento para la libertad” (Bravo, 2002: 25).

Gran parte de los poemas que incluye en *Poemas prohibidos y de amor* (1973) fueron escritos y aparecidos en publicaciones periódicas en

décadas pasadas de su producción poética, pero principalmente se prohibieron por los tiempos políticos y la poca libertad de expresión. La edición *Los eróticos y otros poemas* (1974) no es la excepción, en ella incluye textos que produjo en 1969 y 1970 mayoritariamente. Entonces Efraín Huerta elige publicar tales materiales pasados en 1973 y 1974, respectivamente. Esa elección pudiera deberse a que, para esos años, los tiempos sociales e históricos hayan cambiado y existiera mayor apertura para los temas, Heriberto Yépez aporta al respecto un argumento:

Los primeros poemínimos proceden de finales de los años sesenta y principios de los setenta: la época en que la burla y desolemnización del lenguaje nacional se volvió impostergable después de la masacre y encubrimiento del 68, donde el lenguaje oficial -como las calles- quedó hecho un asco, habiendo sido usado como otro medio de corrupción (2002: 121).

También se puede considerar la posibilidad de un cambio de ánimo en su estado emocional y una nueva vitalidad en el poeta. Estaba reciente su complicada situación de salud, el padecimiento de la enfermedad acelera los temores, moviliza las ideas y, al superarla, la motivación de nuevas publicaciones diera la oportunidad de volver a darle espacio a esas producciones vetadas y dar cabida a otra genialidad poética como los poemínimos.

En 1977, a los 63 años, el poeta Efraín Huerta fue entrevistado por Elvira García. Como parte de su última pregunta, ella le cita unos versos del poema “Matar a un poeta cuando duerme”, publicado en *Circuito interior* (1977), que escribiera y dedicara Huerta a su amigo, el escritor salvadoreño Roque Dalton (1935- 1975).

Uno de sus poemas dice: “Esta conspiración de la vida para hacer más larga mi agonía”, ¿qué podría decir al respecto?

Se impone la vulgaridad: todo lo que vivo ahora, después de 1973, es ganancia “Ya lo salvamos de la muerte”, me dijo el cirujano Roberto Garza, “ahora queremos que usted aprenda nuevamente a vivir”. En eso estoy, a mis endemoniados 63 años (los cumpliré el próximo 18 de junio): viviendo con furia, bebiendo con verdadero placer y trabajando como un ángel. Después de todo, en la zoología fantástica, soy el único ejemplar de hijo de un saurio y de una paloma azul, El Gran Cocodrilo (García, 1977: 35).

En los cincuenta poemínimos, que incluye en *Circuito interior*, de 1977, Efraín Huerta ofrece dos de ellos que bien ratifican poéticamente esta respuesta que le da a la periodista Elvira García, por ejemplo, cuando el médico Roberto García le señala haberlo salvado de la muerte, haciendo referencia a la operación de laringectomía que le realizó, el poeta escribe el siguiente poema titulado justamente LARINGECTOMÍA:

Lo mejor
De todo
Es que
Ya nadie
Puede dejarme
 Hablando
 Solo
(Huerta, 1995: 441)

El poeta se burla de su nueva condición a raíz de la operación que, aunque exitosa con respecto al cáncer, le hizo perder la voz; así Huerta ironiza su pérdida, pues finalmente advierte que todo lo que pasó después de 1973 es ganancia para él y justo aprende a vivir de nuevo después de la experiencia médica y sus implicaciones.

En el segundo poemínimo que también argumenta la respuesta dada a su entrevistadora, Huerta confirma su dicho: “viviendo con furia, bebiendo con verdadero placer y trabajando como un ángel” y pareciera que, en el poema, su autor

volviera a retomar lo respondido en aquel entonces, porque su contenido es justo una síntesis de esas ideas expresadas, se titula ... Y ALEGRÍA:

Ahora
Aprendo
Tanto a
Sobrevivir
Como a
Sobrebeber
(Huerta, 1995: 441)

El poeta habla de sí lúdicamente, y eso que expresa es congruente con lo que afirma públicamente, los poemínimos dan fe de lo que vive y piensa. Se percibe un entusiasmo en los versos, se está divirtiendo al mismo tiempo que describe su condición y se auto ironiza con total honestidad y modestia.

Al observar el cambio de actitud en el poeta en su producción de los años setenta puede ocurrir el riesgo de relacionarlo en un posicionamiento simplista de ironizar porque sí; sin embargo, la producción poética de ese periodo demuestra transformación y renuevo, porque es claro que la visión del mundo del escritor adquirió un matiz particular, donde el humor negro se convirtió en una forma divertida de interpretación de la realidad, dejó de albergar el desánimo o la desilusión por tratar temas con excesiva seriedad o solemnidad. Al mismo tiempo es una manera autocrítica de enfrentar las dificultades personales con nuevos bríos lúdicos.

SU INTELECTUALIDAD Y SEXUALIDAD EN ESTA ETAPA

La intelectualidad de Efraín Huerta en los poemínimos es más aguda y, entre ironía e ironía, nos deja ver esa capacidad de pensar la poesía misma, de replantearse incluso los poemas canónicos de poetas laureados y seriamente estudiados como Ramón López Velarde y ofrecernos, en

escasos versos, con divertida fineza e idea sintética un replanteamiento de su contenido e invitar directamente al lector a la reflexión y relectura. En 1971 hizo dos poemínimos a los que tituló “CINCUENTENARIO DEL SUBDESARROLLO” en homenaje a los 50 años del fallecimiento del poeta zacatecano:

1

Fuensanta
¿Tú conoces
El Metro?

2

Y tu cielo
Los Bancos
De Comercio
Y el
Relámpago
Verde
De los
Dólares
(Huerta, 1995: 348).

Es innegable que detrás del divertimento con que Huerta crea sus poemínimos hay un hombre de 57 años de edad en ese entonces, con más de 30 años de creación poética y otros igualmente dedicados al periodismo, detrás de esas líneas existe un lector culto en pleno ejercicio de su oficio de escritor y con una lucidez extraordinaria para hacer simple lo complicado; es decir, la capacidad intelectual para sintetizar su pensamiento en la brevedad de sus versos y ofrecer, al mismo tiempo, todo un replanteamiento implícito en la temática de los mismos, es digno de tomarse en cuenta, porque la ironía es toda una formulación crítica y lo lúdico una muestra de dominio en el lenguaje.

Huerta se apropia de los versos de López Velarde y hace un replanteamiento de los mismos a la luz de la actualidad y su contexto, ofrece un diálogo entre poetas, al mismo tiempo que desacraliza los versos velardianos, atreviéndose al juego de palabras con la sustitución de la

mar por la de *metro*, propone una nueva lectura, no cambia el rumbo del cuestionamiento poético sino que lo lleva en otra dirección igualmente connotativa, de modernidad e importancia y, aunque suena simpático, en el fondo de la propuesta hay un verdadero homenaje al mirar el México de Huerta de principios de los años setenta a través de la poética de López Velarde.

Ramón López Velarde fue un poeta que reflejó ese conflicto con la modernidad y la ciudad, recuérdese como ejemplo su poema “No me condenes” en *Zozobra* de 1919, que le dedica a María Nevares, su entonces novia potosina y, por otro lado, Efraín Huerta, heredero de esa tradición, tuvo a la ciudad como protagonista de sus poemas e igualmente en su interacción con ella, tuvo conflicto con la modernidad, baste citar ejemplos de poemas al respecto como “La ciudad”, “Declaración de odio” y “Declaración de amor” en *Los hombres del alba* de 1944, o bien, *Circuito interior*, publicado en 1977.

La ciudad de López Velarde es provincial y la de Efraín Huerta es capital y, sin embargo, el poemínimo tiende un puente entre ambas, plantea una nueva realidad, parte de los versos de López Velarde de 1919 para ver su ciudad en 1971. Ese diálogo que logra Huerta con el poeta zacatecano va más allá de la simpleza con que lo escribe, une los tiempos y las motivaciones, trasciende los espacios poéticos.

Por lo anterior, la elección de sustituir el *mar* en los versos de López Velarde por el *metro* no es un asunto fortuito, en ello sigue estando presente la exposición que ambos escritores comparten con respecto a la modernidad de la ciudad y su interacción con ella, todo ese sentido que el poeta zacatecano da en su poema “Hermana, Hazme llorar” en su libro *La sangre* devota de 1916, donde señala que su pesar es aún más grande y profundo que el mar, Huerta es capaz de transferirlo a su realidad capitalina. El metro como elemento sustituto en la composición poética es producto total de la modernidad en la Ciudad de México. El ejercicio del poemínimo no solo nos

divierte y nos propone una lectura nueva, sino que además demuestra la vigencia de los versos de López Velarde a cincuenta años de su muerte.

En el segundo poemínimo, Efraín Huerta hace una profunda reflexión y una aguda crítica a la situación económica de la nación de su tiempo al reformular los versos del bardo zacatecano con base en la visión que este tuviera del país en la segunda década del siglo XX; así *las garzas en desliz* son ahora *los bancos de comercio* y en vez de los *loros* los *dólares*. A cincuenta años de distancia de la muerte de Ramón López Velarde, la propuesta de Huerta en 1971 tiende un puente de comunicación entre ambos poetas, donde se intercambian impresiones del México que fue para López Velarde y que observa el bardo guanajuatense.

Esa capacidad de diálogo que emprende Efraín Huerta con poemas canónicos, con personajes de la historia de México o personalidades de su tiempo, la emprende también con las voces del pueblo y la oralidad como con el dicho y el refrán. La tradición oral es una fuente de riqueza lingüística donde la inteligencia popular se destaca con el sentido común, de todo ello se nutre el poeta para crear poemínimos; estas obras mínimas son un ejercicio intelectual habitual en su trabajo poético; el manejo que tiene de la intertextualidad, exige al menos un lector promedio y el planteamiento estético que resulta de ello, va más allá del simple divertimento.

En ese mismo 1971 se puede observar, en contraste con la alusión a los versos del poeta zacatecano López Velarde, en el poema “Plagio XVII” (Huerta, 1995: 347), Efraín Huerta acude a la tradición oral, concretamente al refrán: “El que quiera azul celeste que le cueste” y lo retoma como base, con total ironía y desfachatez, para proponer un replanteamiento mediante un poemínimo:

La que
Quiera

Azul
Celeste
Que
Se
Acueste

Esta evocación de la sabiduría popular en que conseguir algo muy singular tiene un costo elevado, como es el caso de lograr el color azul celeste, emanado o derivado de una piedra aún más cara que el oro en cierta época y, por medio de ese refrán hacer un poema brevísimo de carácter sexual al intercambiar el verbo *costar* por *acostar* le da sentido inesperado, lúdico y burlón, característico del Huerta irónico de esta década. El propio escritor explicaría, en el prólogo de su libro *Transa poética* de 1980, de este modo los poemínimos:

Creo que cada poema es un mundo. Un mundo y aparte. Un territorio cercado, al que no deben penetrar los totalmente indocumentados, los huecos, los desapasionados, los censores, los líricamente desmadrados. Un poemínimo es un mundo, sí, pero a veces advierto que he descubierto una galaxia y que los años luz no cuentan sino como referencia, muy vaga referencia, porque el poemínimo está a la vuelta de la esquina o en la siguiente parada del Metro. Un poemínimo es una mariposa loca, capturada a tiempo y a tiempo sometida al rigor de la camisa de fuerza. Y no lo toques ya más, que así es la cosa. La cosa loca, lo imprevisible, lo que te cae encima o tan sólo te roza la estrecha entendedera - y ya se te hizo (Huerta, 2008: 11).

Bien explica el poeta que al poemínimo no deben entrar los censores, los que no tienen lírica en la sangre o bien los indocumentados, acaso porque para ellos el poemínimo puede rayar en lo vulgar, en el ‘mal gusto’, en el chiste por el chiste mismo; pero lo cierto es que el doble sentido que genera la propuesta huertana con este poemínimo se

queda justo en el territorio de donde emana, en un replanteamiento de la propia voz popular.

Huerta emula igualmente el discurso del pueblo y este es festivo, dicharachero, plagado de doble sentido. Con su trabajo en el poema “Plagio XVII” se abren posibilidades interpretativas, bien puede entenderse como obtener favores a cambio de sexo o que todo acto sexual nos lleva a lograr el azul celeste; es decir, para ver lo divino basta con acostarse. Pero todo intento por acercarse al mensaje del poemínimo son meros supuestos o como lo señala el poeta en la cita anterior: “tan solo te roza la estrecha entendadera”.

En 1977 con el poemínimo SOSIÁNICO, Huerta es aún más desfachatado y sin tapujos, pero igualmente creativo y divertido, arroja un replanteamiento del dicho: “Como dice Juan Orozco, mientras como no conozco” y lo lleva, con total desparpajo a la referencia sexual, así ofrece el siguiente resultado:

Soy
Como
Orozco:
Cuando
Cojo
No
Conozco
(Huerta, 1995: 439)

Sería importante no solo tratar de comprender uno por uno los poemínimos, puesto que implicaría una tarea divertidamente afanosa, sino también tomar en cuenta la lectura total de los poemínimos; porque el revisarlos de manera aislada bien pueda perder el sentido o valor colectivo que guardan también, el discurso de donde derivan no es singular sino plural, la voz del pueblo es el conjunto de voces de sus habitantes. La propuesta de poeta parece ofrecer complicidad entre la tradición oral y la poesía, de tal modo que la oralidad enriquece la literatura y la literatura enriquece la oralidad, Heriberto Yépez en su

capítulo “Los poemínimos: Fragmentación, Apropiación y Pop” contenido en la antología *Efraín Huerta. El Alba en llamas* lo explica de este modo:

Huerta deshace dichos (orales) tantos clichés literarios. Utiliza la literatura para contrarrestar los refranes populares y utiliza la oralidad popular para contrarrestar la literatura. [...] los poemínimos -esos poemitas ‘chistosos’ y aparentemente inofensivos- son una de las textualidades que más consecuencias inquietantes nos deparan. Después de Efraín Huerta y sus poemínimos el lenguaje poético no puede volver a ser ingenuamente lírico ni ser usado para “revelar” las emociones o ideas auténticas del sujeto poético. Todo lo que ha sido dicho por la sabiduría popular, todas las ideas memorables de los grandes autores, puede ser, dicho de otro modo, puede ser convertido en su reverso cómico (2002: 132).

Habría que considerar enfrentar la estampida de poemínimos y dejarse arrollar por esa masa de genialidad sintética, donde las moralejas populares pueden recrearse y ofrecer con ellos nuevos horizontes estéticos e interpretativos, donde la sabiduría colectiva pueda analizarse a la luz del sarcasmo, de la ironía, con toques de erotismo, dobles sentidos y sobre todo divertimento, para de este modo, observar en el conjunto de poemínimos todo un aparato crítico.

A MANERA DE CIERRE

Lo que ocurre médicamente en 1973 en la vida de Huerta es trascendente para tomar la decisión de publicar con libertad y seguridad sus trabajos prohibidos y sus nuevas búsquedas, entre ellas están los poemínimos, que bien reflejan ese carácter irónico que adquiere el bardo en la década de los años setenta y toman un impulso nuevo en el año en mención, concretamente después de perder la

voz y salvar la vida enfrentándose al cáncer. José Emilio Pacheco, haciendo referencia a los éxitos de esa década en Huerta dirá sobre ello:

Los años de éxito, y la producción ininterrumpida [...] fueron también los años terribles de la enfermedad. Huerta sobrevivió a ocho operaciones consecutivas y se rehizo de los estragos del cáncer. Tras esa prueba heroica, inconscientemente nos habituamos a pensar que era inmortal e invulnerable y sería él quien nos llevara a nuestra propia tumba (1982: 15).

Sus intenciones están dadas en confiar en su poesía como un medio de criticar los hechos y situaciones del país, pero más importante aún en revitalizar el amor que es la verdadera razón de ser de la poética huertana. De los cuatro libros que Efraín Huerta edita en los años setenta podemos decir lo siguiente:

a) Los *Poemas prohibidos y de amor*, de 1973, son la oportunidad de publicar libremente aquellos poemas censurados décadas atrás por la parte oficialista y su propósito sigue siendo el mismo que aquellos momentos que le dieron origen, la crítica frontal a las instituciones políticas y religiosas o a los personajes que los representan. Por otro lado, este libro ofrece once poemínimos que serán una propuesta fresca en la literatura nacional y muestra sintética de su carácter lúdico, desinhibido e irónico que decidió adoptar para esta etapa de vida.

b) *Los eróticos y otros poemas*, de 1974, en este libro el bardo decide incluir 51 poemínimos; con su elección, lleva implícito el hecho de confiar más en este tipo de poemas, eliminando la melancolía de las décadas pasadas y, centrarse en su carácter lúdico e irónico para ofrecer su visión aguda y desgarrada del país; de la misma forma, su tratamiento del tema amoroso es creativo, desfachatado y sexual. En general Huerta es capaz de desprenderse de su ego mofándose de sí

mismo y, de igual manera se divierte replanteando dichos y refranes.

c) *Círculo interior*, de 1977, edición que muestra al Huerta amoroso que siempre ha sido, expone ese amor a la ciudad donde plantea la unión entre ambos elementos, de tal manera que esta nueva vitalidad en la capital del país, cuyo nombre le da título al libro, bien puede representar, por un lado, una manifestación del amor como breve y circular. Y, por otro lado, este sentimiento aparece en cualquier parte de la urbe, siempre presente en ella.

d) *50 poemínimos*, de 1978, representa la total confianza en el formato poético pequeño, donde explora todos los temas que le han acompañado en su trayectoria, destaca su crítica política, su condición de hombre sexagenario, su relación con la bebida, con la ciudad, con la sexualidad. Otra vez se observa al Huerta festivo, gracioso y ocurrente en hacer poemínimos, eso que parece fácil de su pluma, pero son toda una muestra de genialidad e innovación, al mismo tiempo que ofrecen una poesía intelectualmente alegre.

De sus producciones de los años setenta se puede concluir que: “Recurrir al formato corto implicó que el poeta sintetizara su pensamiento, con lo que destacó su agilidad mental y una mayor agudeza para tratar los temas a partir de ideas capaces de despertar, con muy pocas palabras, la reflexión y el análisis, mientras su discurso sorprende con giros divertidos y cierres inesperados” (Leyva, 2015: 140). Y también afirmar que todas ellas son claro ejemplo de la actitud que el poeta guanajuatense adoptó en esa década, como consecuencia de sus experiencias en materia de salud.

De lo anterior no solo deja evidencia en la respuesta a la entrevista con Elvira García en 1977 ya referida en este documento, donde afirma aprovechar al máximo esta nueva oportunidad que la vida le ofrece de seguir en pie, sino también sus propios versos exponen ese cambio en

el poeta, ya no hay lugar para la melancolía, los poemínimos son el rostro más alegre en la poética huertana.

Los poemínimos forman parte del acervo poético del escritor guanajuatense, son un aporte a la poesía mexicana contemporánea y el legado de un poeta que, a través de los años, renovó su escritura y estructura versal, experimentó de tal modo que fue capaz de romper su propia tradición, la del verso largo que cultivara desde sus inicios como escritor en la década de los treinta y continuara así durante varias décadas hasta el final de su trayectoria en los años setenta.

Los poemínimos son un material poético al que vale la pena acercarse por varias razones aquí expuestas. Siguen siendo producto de análisis, pero lo más importante es disfrutarlos como manifestaciones artísticas de su época y piezas fundamentales de la poesía mexicana, aún vigentes y extraordinarios que dan fe de un ánimo renovado en la creación huertana. Acercarse sin tapujos, con entusiasmo lírico o al que no pueden aspirar a los que Huerta llama como “Un territorio cercado, al que no deben penetrar los totalmente indocumentados, los huecos, los desapasionados, los censores, los líricamente desmadrados” (Huerta, 2008: 11).

La pérdida de la voz en Efraín Huerta fue el desenlace más decoroso posible en la lucha contra el cáncer; al mismo tiempo el comienzo de una nueva faceta en su poesía, más productiva, renovada, con el carácter irónico y divertido del escritor sexagenario que disfruta la escritura y que, en esta etapa, observa una nueva oportunidad de ejercer el oficio poético casi como un festejo por la vida. La nueva fisonomía versal de Huerta nos permite comprender su visión de las cosas y de sí mismo en un ejercicio por demás divertido, capaz de comprometerse con su tiempo y abordar temáticas críticas bajo la modalidad del poemínimo, también deja ver al ser humano que siempre fue: intelectual, modesto y amoroso.

REFERENCIAS

- Bravo, Raúl et. al., (2002), *Efraín Huerta. El alba en llamas*, México, Conaculta/Gobierno del Estado de Guanajuato/ Instituto Estatal de la Cultura.
- García, Elvira (1977), “Efraín Huerta: 63 años de vivir con furia”, en *Proceso*, 30 de abril de 1977, México, disponible en: www.proceso.com.mx/?page_id=132433
- Huerta, Efraín (1974), *Los eróticos y otros poemas*, México, Joaquín Mortiz.
- Huerta, Efraín (1983), *Aquellas conferencias, aquellas charlas*, México, UNAM.
- Huerta, Efraín (1995), *Poesía completa*, México, FCE.
- Huerta, Efraín (1996), *Poemas prohibidos y de amor*, México, Siglo XXI Editores.
- Huerta, Efraín (1999), *Poemínimos*, México, Verdehalago/Universidad Autónoma de Puebla.
- Huerta, Efraín (2009), *Poemínimos*, México, Verdehalago.
- Leyva Ortiz, Jesús Alberto (2015), *Un amor de cocodrilo. Significación del tema del amor en la obra poética de Efraín Huerta de 1956 a 1980*, México, Benemérita y Centenaria Escuela Normal del Estado de San Luis Potosí/Ediciones Eón.
- Mansour, Mónica (1984), *Efraín Huerta: Absoluto amor*, México/Gobierno del Estado de Guanajuato.
- Pacheco, José Emilio (1982), “Efraín Huerta en la línea del alma”, en *Proceso*, 6 de febrero de 1982, México, disponible en www.proceso.com.mx/?p=132839

JESÚS ALBERTO LEYVA ORTIZ. Escritor, profesor e investigador. Licenciado en Educación Media Básica en el área de Español por la Normal Superior del Magisterio Potosino, Licenciado en Administración de Empresas por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP), México; Maestro en Educación con especialidad en Humanidades por el Tecnológico de Monterrey (ITESM), México, y Doctor en Humanidades y Artes por la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ), México. Es líder del Cuerpo Académico Literatura Contemporánea, Poesía. Su estudio se concreta en la obra poética de Efraín Huerta, David Huerta y ocho poetas mexicanos contemporáneos; didáctica del cuento en educación básica y superior; y comprensión lectora como desafío de la educación potosina. Ha publicado libros y también artículos en revistas indexadas nacionales e internacionales. Ha sido becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes (FONCA) de San Luis Potosí en 2001, 2004 y 2008. Ganador del Premio Estatal de Poesía Manuel José Othón en las ediciones 2001 por *Mar de dentro*, y en 2017 por *Desierto dentro*.



Consumo humano (2024). Grabado en MDE: Liliana Flores.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.